

EL VIAJE DE NIXON Y LA COEXISTENCIA DISIDENTE

"Durante el enfrentamiento jordano y la finta siria la Sexta Flota se aproximó a Israel". En la foto, el portaaviones "Saratoga", a bordo del cual estuvo Nixon en su reciente visita a países mediterráneos.



EN las últimas semanas, precediendo —preparando— el viaje del Presidente Nixon al Mediterráneo, se ha podido advertir en Washington una especie de firmeza frente a la URSS, incluso de antisovietismo —con declaraciones de alguna crudeza, alguna rudeza—, en un tono que no se utilizaba desde hacía tiempo. Se dice que este cambio es obra de la influencia de Kissinger por encima de la de Rogers; el consejero especial del Presidente es dado a la energía, mientras el secretario de Estado lo es a la negociación. Este reparto de funciones es meramente anecdótico y utilitario, y en cada momento prevalecerá o parecerá prevalecer aquel que convenga más a la línea general política de los Estados Unidos. En estos momentos, la inquietud parece que los Estados Unidos se inquietan notablemente de lo que les parece ser una toma de ventaja de la URSS en la situación de la coexistencia. Porque no se ha salido de la coexistencia pacífica hasta ahora, y la nueva confrontación se mueve dentro de sus límites. Unos límites fluidos, que son los de una fijación de fronteras en las zonas de influencia.

EN estos días hay inquietud en las fronteras. Las fórmulas obligadas de la coexistencia las han ablandado, quizá más de lo que Washington cree conveniente. El nuevo pacto germano-soviético ha quitado rigor a lo que durante los años de la guerra fría fue la avanzada más importante de los Estados Unidos en Europa, y ese reblandecimiento puede ampliarse con la visita de Pompidou a Moscú, que consta de ocho días de trabajo del Presidente francés en la capital soviética, y que se duplica con la visita de Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores, a China, la otra frontera de Estados Unidos. Mientras, en América Latina hay también motivos de inquietud. Se ha denunciado la existencia de una base de submarinos soviéticos en Cienfuegos, Cuba, probablemente de valor más simbólico que militar, quizá también más en período de prueba o ensayo que de verdadera eficacia, pero bastante para inquietar los muy suspicaces y susceptibles nervios del Pentágono. Sobre todo a continuación de la posibilidad de que se instale en Chile un gobierno de frente popular o, como se insiste en Washington, un gobierno marxista. El golpe de Bolivia parece una rápida respuesta a los acontecimientos de Chile. La más larga frontera de Chile está asegurada por la rigidez argentina, pero, en el Norte, Bolivia y Perú son fronteras blandas. Acusar de izquierdista a Ovando es, naturalmente, una insensatez —fue él quien personalmente

exterminó las guerrillas de Ernesto Guevara—, pero sí se le puede encontrar un oportunismo nacionalista demagógico, una especie de nacionalsocialismo, que le llevaba a nacionalizar los bienes americanos, a reanudar las relaciones con la URSS (sobre todo, los intercambios comerciales, con los cuales podría contrarrestar en un momento dado el bloqueo económico de Estados Unidos) y a buscar los contactos con Cuba. El no izquierdismo de Ovando parecía claro en los últimos acontecimientos del país: unas protestas de la Iglesia por la situación social, renacimiento de las guerrillas y una reciente agitación de estudiantes y de intelectuales. Indudablemente, en todo ello había un estímulo por el cambio de orientación política de Chile. El golpe de Estado, emitido por militares conservadores y pro Estados Unidos, tiende a endurecer esa frontera peligrosa: tiende, al mismo tiempo, a cercar a Chile y aislar a Bolivia.

EN todo este juego de fronteras, la más visible y la más espectacular ahora es la del Mediterráneo, y el que acuda a ella Richard Nixon tiene un valor similar al de la visita de un general en jefe a una posición vital de vanguardia. Es necesario, ante todo, distinguir entre dos aspectos de este viaje. Una parte de él son las visitas estatales. Aparte de que en los diálogos entre Jefes de Estado parece que hay siempre un cierto tono personal que sólo pueden alcanzar personas que comparten el mismo oficio y la misma psicología de la responsabilidad, normalmente en estas visitas estatales no se decide nada que no esté previamente decidido o que no vaya a decidirse por canales regulares. Cuando se enfatiza que se trata de visitas de «buena voluntad» o de «estrechamiento de lazos», se está señalando una realidad concreta. Toda la visita de Nixon a Madrid, por ejemplo, ha estado recalcada por las declaraciones oficiales españolas, en las que aparecían insistentemente las alusiones a la soberanía nacional y a la amistad no quebrada con los países árabes: claramente se trataba de decir con ello que la visita presidencial no suponía una variación de las fórmulas explícitas en los últimos acuerdos hispano-norteamericanos, y que el viaje era, en todo caso, una continuación de aquellos acuerdos. Pero, además de esta intención de reafirmar y de asegurar relaciones, las visitas estatales son un lenguaje. Nixon, en Yugoslavia, por ejemplo, es la expresión de que un régimen comunista no importa nada a Washington si en tanto que nación le es útil o no le es hostil; el he-



La muerte de Nasser ha hecho, sin duda, que muchos de los aspectos del viaje presidencial se malograsen.

cho de que Tito haya preferido esperar a Nixon en lugar de acudir al entierro de Nasser es, a su vez, una expresión de reforzamiento de la idea de nacionalismo y de realismo político sobre el ideal de neutralismo que Tito y Nasser habían tratado de construir hace unos años.

SEPARADO ese aspecto del viaje presidencial, queda el otro: su presencia en el Mediterráneo «de Estados Unidos», no en el de los países ribereños. Es decir, su revista a la Sexta Flota —con las ceremonias, que debían ser espectaculares, malogradas por la muerte de Nasser—, su estancia en el «Saratoga», su conferencia con los embajadores de su país en la zona, su entrevista con los jefes de la OTAN. Ciertamente, también es un lenguaje, una serie de señales convenidas: nada de lo que hagan o puedan hacer las fuerzas armadas de los Estados Unidos en el Mediterráneo depende de una visita del Presidente, sino de lo que pueda decidirse en la sala de operaciones del Pentágono, pero esta presencia tiende con su lenguaje a enfatizar una posición de firmeza y de no abandono, consecuente con los últimos acontecimientos: durante el enfrentamiento jordano y la finta siria, la Sexta Flota se aproximó a Israel, veinte mil soldados norteamericanos, en los Estados Unidos y en Alemania, fueron puestos en estado de alarma, e incluso llegó a Tel Aviv un avión cargado de técnicos norteamericanos en objetivos de bombardeo. La actitud de la URSS durante esta última crisis ha sido notablemente moderada, considerablemente prudente. Pero se trata, por parte de Washington, de mostrar que la seguridad en esa frontera de zonas de influencia no depende exclusivamente de la moderación de la URSS, sino también de una capacidad de respuesta militar por los Estados Unidos. Puede decirse de esta forma que Nixon no sólo ha visitado tres países mediterráneos o de la Europa del Sur, sino un cuarto país, o una prolongación de su país: las fuerzas de los Estados Unidos en el Mediterráneo.

ES preciso repetir que no hay señales de que la coexistencia haya terminado, ni siquiera de que esté en crisis, llamando coexistencia a este tanteo mutuo sobre el mapamundi. Es una línea política que no se puede ignorar. Las dos potencias no han perdido ni un solo momento su contacto para evitar que los problemas indígenas de la orilla semita del Mediterráneo —y puede ser útil recordar que tan semitas son los árabes como los judíos— modifiquen su situación res-

pectiva, sin ignorar el riesgo de una posible pérdida de control, por otra parte perfectamente estudiada. Ciertamente que un accidente hubiese podido borrar del mapa a Hussein, y aún puede suceder, pero los Estados Unidos y la URSS estaban dispuestos a que no fuese así: los unos, interviniendo directamente, o por medio de Israel, si los guerrilleros hubiesen tomado una ventaja decisiva; los otros, llamando al orden a los sirios para que su intervención armada no produjese esa situación (hay en Washington quien opina que la intervención siria fue decidida por la URSS precisamente con la intención de decidir después su retirada y mostrar así lo que «podría hacer» y lo que «no quiere hacer»).

QUIZA el próximo acontecimiento en este juego sea el de una entrevista Kossiguin-Nixon, y es muy probable que toda la gran actividad de los dos países en estos momentos se dirija a preparar tal entrevista. Podría ocurrir a fines de mes. Entre los planes de Kossiguin está el de ir a Nueva York para asistir a la sesión conmemorativa de la Asamblea General de las Naciones Unidas (XXV aniversario), en la que estarán presentes otros Jefes de Estado y numerosos ministros de Asuntos Exteriores. Se dice también que Kossiguin pronunciaría un discurso ante la Asamblea —esto es, dirigido al mundo— el 22 de octubre, que Nixon haría otro tanto y que, tras estas dobles declaraciones, los dos Jefes de Estado se encerrarían para tratar de los asuntos del mundo, y que de ello saldría un comunicado conciliante y tranquilizador.

HAY, si se quiere, versiones más locales, más domésticas, de toda la diplomacia y la fuerza que despliegan ahora los Estados Unidos: la de que se están preparando las elecciones de otoño... Es la versión del senador Fullbright, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, atacando la denuncia de bases soviéticas en el Caribe. Para él, se aterroriza al pueblo norteamericano en períodos fijos con el fin de obtener el reflejo típico de adhesión al poder en situaciones de riesgo y capitalizar este reflejo en las urnas. Es una opinión. Ciertamente, si se crea una tensión mundial se responde a ella con una aparente firmeza y una actuación personal del Presidente, y si después, por otra intervención personal, se llega a una situación conciliatoria, los candidatos del partido gubernamental aparecen en una situación ventajosa.